

CUBA Y AMERICA

REVISTA ILUSTRADA

Vol. XVI

13
individual

BIBLIOTECA PERSONAL
JOSE MARTI
HABANA CUBA

Reservado 2



ADMINISTRACION GALIANO 79 HABANA
Precio 20 Centavos



La Estrella de Cuba

DE SUAREZ Y COMPAÑIA

Mueblería en general
 Importadores de toda
 clase de muebles y ob-
 jetos de fantasía
 Unica en su clase

M
I
M
B
R
E
S

Mimbres de todos estilos
 Lámparas de cristal y
 bronce. Oleos, oleogra-
 fías, biscuits, porcela-
 nas, bibelots, etc.

O'REILLY 56 Y 58.

TELEFONO 604.

'BURLADA'

AGUAS MINERALES
 BICARBONATADAS
 SODICAS-YODURADAS

LA REINA DE LAS AGUAS DE MESA

Premiadas en todas las exposi-
 ciones que se han
 presentado y en la
 UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900

CON MEDALLA DE PLATA

Eficazmente recomendadas por las
 eminencias médicas extranjeras y del
 país, para la curación de todas las
 afecciones del estómago

M. PEREZ IÑIGUEZ,

AGENTE EXCLUSIVO

¿Desea Vd. un buen reloj?

Pase por la CASA BORBOLLA,
 Compostela 56 y 58 y encontrará
 valioso surtido al alcance de todas
 las fortunas.

Tenemos espléndida colección de
 elegantes

**GEMELOS E
 IMPERTINENTES**

Cuídese su vista



-LICHENHEIM-
 O'REILLY 106, HABANA

Fabricante en espejuelos y gafas de todas clases

**YO ...
 FUMO
 EL TURCO**

Gran Fábrica
 de Cigarros

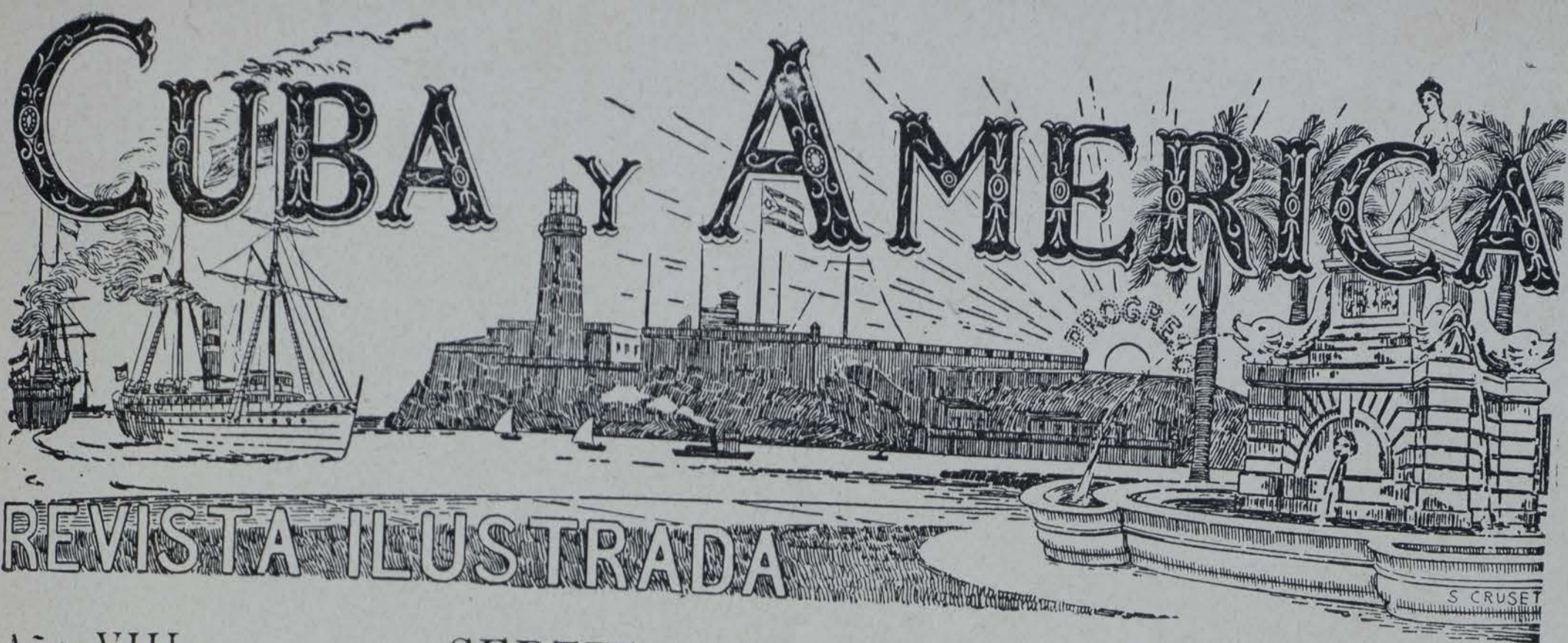
'BAIRE'

De Manuel Grenet y Ca.

DEPÓSITO GENERAL: REINA 8, HABANA

*Pídanse los cigarros
 aromáticos legítimos*

PAPEL DE ARROZ



Año VIII

SEPTIEMBRE 25 de 1904

Vol. XVI, No. 13

BIblioteca NACIONAL
JOSE MARTI
HABANA CUBA

Reserva
MEMOROTECA
RESERVA

EL TRABAJO MANUAL EN LAS ESCUELAS DE SAINT LOUIS

Por Ramón Meza

MIENTRAS más á fondo se estudia la educación pública americana, más á conciencia puede repetirse que tiene una tendencia eminentemente útil y práctica. El pueblo americano está educado; conoce y aprecia las necesidades de la enseñanza, toma por ella interés directo

creciente, afánase por cultivar y desarrollar todas las actividades de las jóvenes generaciones. Los valiosos donativos particulares, en favor de las instituciones de enseñanza, compiten con el esfuerzo de las asociaciones pobres ó ricas en fomentarlas y crearlas.



ENSEÑANZA DOMÉSTICA. CLASE DE COCINA EN LA ESCUELA COLUMBIA, SAINT LOUIS



TALLER DE SLOYD EN ESTOCOLMO

Prueba de esto último es la escuela de trabajos manuales, propios de la mujer. Fundó esta escuela la Asociación de Mujeres Cristianas. En 1880, cuando las asociaciones de esta clase, comenzaron á fundar en las ciudades del Este, New York, Boston, Baltimore, Filadelfia, entre otras, escuelas para trabajos manuales de mujer, la Asociación de Mujeres Cristianas de Saint Louis, llamó á Miss Juliete Carson de la Escuela de cocina de New York y contrató con ella una serie de explicaciones ó conferencias. En 1882 pudo inaugurarse la escuela con diez discípulas, con maestros que voluntariamente se impusieron la obligación de enseñar, sin salario alguno, y con muy pocos recursos monetarios. Con objeto de arbitrarlos se abrió un salón de lunch, para empleados. Hoy la escuela, después de veintiún años de vida, ha logrado tener un ingreso de seis mil pesos, con lo cual paga sus profesores y sus gastos. Da lunch á un costo de diez y medio centavos, al medio día, á más trescientas mujeres, facilita vivienda y comida á más de cien; ha enseñado á seis mil quinien-

tos treinta y ocho alumnos. Cerca de cuarenta fueron instruidos en el primer año de la fundación de la escuela por los maestros que voluntariamente aceptaron esta labor. Los resultados de esta institución y sus modestos comienzos pueden servir de ejemplo alentador.

Anotaremos algo de su organización. La escuela ocupa un edificio de bastante modesta apariencia, de tres pisos, en uno de los barrios de más actividad manufacturera de la población. En ella se da instrucción á toda mujer de vida honesta que lo solicite, mediante el pago de una cuota que varía según la naturaleza de la enseñanza y su duración.

Las clases son de costura á mano y en máquina, curso dividido en dos períodos de cuatro y medio meses cada uno. Hechura y corte de vestido, un curso, con los mismos períodos. Modista, adornos de sombreros y vestidos, el curso completo comprende dos períodos de treinta y cuatro lecciones cada uno. Escritura á máquina y estenografía, con cursos que empiezan en la tercera semana de Octubre de cada año y no tienen períodos determinados:



CLASE DE COCINA EN LA ESCUELA DE TRABAJOS MANUALES DE SAINT LOUIS

su duración depende de la habilidad del discípulo. En relación con ellos se enseña aritmética mercantil, teneduría de libros y escritura.

De todas estas enseñanzas, hay clases de día y de noche.

La clase que tiene más discípulos, y es la que llama más la atención en la escuela, es la de cocina; observando su enseñanza y práctica queda el convencimiento de que hay un verdadero arte culinario, que no consiste en la satisfacción de la gula, sino en la mejor preparación de los alimentos para sostener la vida orgánica. El aseo, la limpieza, el arte verdadero que despliegan las aprendizas, para mantener el salón de cocina y los utensilios con la más perfecta pulcritud, contribuye á los prestigios de esta ocupación tan necesaria en todas los hogares.

La instrucción sobre cocina comienza en la primera semana de Octubre y se halla dividida de este modo: cocina sencilla y más avanzada; preparación de meriendas (*lunchs*); alimento de inválidos; especial para las que acepten el oficio de cocineras. Cada una de estas enseñanzas consta de doce lecciones. Hay un curso de cocina casera que dura seis meses, dividido en dos pe-

ríodos de tres meses. Este curso comprende tres lecciones por semana de teoría y práctica. Los principios generales comprenden la combinación de los alimentos y sustancias, sus efectos en el organismo, su empleo, adquisición, conservación y cuanto se refiere á su manejo en la casa.

La escuela de trabajos manuales proporciona cursos libres de instrucción, con alojamiento en el edificio, cuarto y comida, á toda joven de más de dieciséis años que presente testimonio de buena conducta y que desee adquirir conocimiento en cualquiera de estas ocupaciones domésticas.

La referida Asociación de Mujeres Cristianas, la Universidad, otras Asociaciones y particulares, el alojamiento y el salón de lunch proporcionan los ingresos de la escuela.

El número de alumnos matriculados en las diferentes secciones de la Escuela de Trabajos Manuales para la mujer de Saint Louis, fué: modistas dieciocho; lavanderas, veintitrés; amas de llaves, labores de casa, veintiséis; corte de vestidos y costura á mano, setenta y siete; costura con máquina, ochenta y dos; estenografía, cincuenta; escritura con má-

quina, cincuenta; cocina, ciento veinte.

La escuela tiene orgullo en presentar al visitante la lista de sus alumnas ventajosamente colocadas.

Pero hay más; trátase de una escuela especial: debe recordarse que en las escuelas públicas elementales y en los High Schools, se dan también los principios de estas enseñanzas á las jóvenes.

El dibujo, la costura, el bordado, la música, son artes que se enseñan con fines prácticos y de inmediata utilidad; están muy lejos de tener la clasificación ó concepto de clases de adorno, ó sea de exceso de refinamiento ó lujo en la instrucción perso-

nal. La música sirve para el desarrollo de los pulmones y la voz para cantar en las iglesias, conciertos ó actos públicos. La costura, para saber vestirse y vestir á los hijos en el hogar. El bordado, para sus mil aplicaciones en la industria. La pintura y el dibujo para flores de papel de pared, de abanicos, de trajes, para trabajos de decoración de cajas, muebles, géneros; para ilustración de libros, periódicos, cubiertas y carteles. Nada se hace en el vacío, todo tiene su aplicación á los usos y necesidades de la vida personal y colectiva.

The cultured mind

The skillful hand.

EL EMPERADOR DE SURAKARTA

EXISTE un imperio en nuestro planeta que por su extraña originalidad merece conocerse.

Está gobernado al mismo tiempo por dos emperadores, que residen en la misma ciudad. Cada uno de ellos tiene su corte especial, esplendentes y costosas, y disponen de ejércitos, consejeros imperiales, hombres de Estado, emplados y tribunales de justicia.

Solo uno de sus emperadores es conocido del resto del mundo y aún en una extensión muy limitada. El nombre y títulos de ese emperador, con facilidad llenaría una columna. Sus súbditos, que ascienden á un millón, le llaman *Susuhunan*, y cuando firma se da á sí mismo el siguiente modesto título: *Pakoe Bowono X*, que traducido al castellano quiere decir "Clavo del Universo, el X".

En él venera su pueblo no sólo el soberano político, sino también el pontífice religioso, colocado tan alto por encima de ellos, que ninguno se atreve acercársele ni siquiera dirigirle la mirada. Sus ministros, y aún sus hermanos, ante él están con

las manos cruzadas y los ojos bajos como si estuvieran orando.

Dispone de miles de soldados armados con espadas y rifles modernos, y amazonas aguerridas con lanzas y flechas, pero virtualmente es un prisionero dentro de su palacio, que ocupa una extensión de una milla cuadrada, donde se levantan centenares de edificios con suntuosos salones, cámaras espléndidas y grandes almacenes y cuadras, con una servidumbre compuesta de miles de individuos. Es señor absoluto de todo su pueblo; mas no puede confiar en ninguno de sus súbditos varones, viéndose obligado á recurrir á las mujeres para su servicio. Cuenta sus esposas por centenares, que le han dado infinidad de hijos, á pesar de lo cual, no puede elegir su sucesor directo del trono que ocupa, que es uno de los más antiguos en el Asia.

Ese curioso personaje es su Majestad el Emperador de Surakarta, que en realidad no es más que un muñeco en manos del delegado holandés, el verdadero emperador.

GABRIEL REYES

Por Eusebio Guiteras

Novela cubana.--Ilustrada por la Srita. Emma Campuzano

(Conclusión)

POR SUPUESTO, no hay que preguntarte si te entregó la cajita de las prendas.

—¿Cómo había de faltar?

—Dí, Gabriel, ¿no se le conocía que le había hecho impresión encontrarse con un amigo en la sociedad aristocrática?—preguntó Joaquín, que era el que había hecho la parodia de los versos del padre Isla.

—Nada,

Don Ambrosio siempre igual.

Ambrosio es todo oro, chico,—contestó Gabriel.

—¿Cuándo hacemos otro viaje á Güines, Gabriel?

—Cuando quieras, Joaquín..... Jaque al rey, Miguelillo.

—Pero es preciso buscar algún motivo....

—Jaque al rey, y me llevo la torre.

—Si doña..... ¿cómo se llamaba?

—Gervasia.

—Compadre,—gritó José Miguel acalorado,—esto es una perfidia. Te has puesto de acuerdo con Joaquín para dar palique y hacerme perder el juego.

—Si doña Gervasia,—continuó Joaquín,—te encargara de hacer la exhumación de los restos y llevarlos allí..... esa sí que sería escena.

—Calla, hablador sempiterno; tú has comido lengua,—volvió á gritar José Miguel.

—No puedes mover el caballo; descubres el rey, Miguelillo.

—Me tienes encerrado.

—Ya se ve que sí..... Por más vueltas que le des, no tienes escapatoria.

—Suelten el tablero, ó melargo á la calle—dijo Joaquín después de un rato de inquietud y silencio.—No hay juego más insociable que el ajedrez.

—Vete á charlar con el francés.

—¡Diable!

—Jaque con esta torre..... jaque con esta otra, y..... ¡mate! ¿No te lo dije?

—Ahora el desquite, y no conversen,—repuso José Miguel, un tanto descontento, porque era mejor jugador que Gabriel.

—No hay desquite,—contestó éste levantándose,—que pocas veces tengo la gloria de darte mate. Además, ustedes vienen hoy á comer conmigo.

—¿Tenemos que vestirnos de etiqueta?—preguntó José Miguel,—porque mi frac está en casa del sastre.

—¡Ha, ha!—gritó Gabriel, soltando la ri-

sa—eso está arreglado en dos paletas. Pídeselo prestado al espléndido Didier, que tiene uno, esperando la visita del capitán general.

—¡Tengo una idea!—exclamó Joaquín, poniéndose el índice en la frente.—¿Hemos de comer solos, Gabriel?

—Los tres: el triunvirato de Güines.

—Convida á Didier, chico; ¿qué mejor saínete?

—¡Magnífique! y mandaré un recado á Marcial Codina para hacer el quinteto: vamos.

Monsieur Didier tomó el cielo con las manos cuando, colándose los tres de rondón en el escritorio, Gabriel le invitó con grave formalidad. Lo primero que hizo fué mirarse desde los pies hasta los botones de rubí que adornaban la pechera de la camisa; y, pidiendo "mil perdones," corrió como una exhalación al entresuelo: no habían pasado cinco minutos, cuando se presentó de frac negro y corbata blanca, con el sombrero debajo del brazo, haciendo las más extravagantes cortesías, y contemplando las transformaciones de Gabriel con la veneración con que mira el natural del Indostán las *avatares* ó encarnaciones de su Dios Visnú.

Dejamos al lector, ya que más de una vez hemos descrito como los tres mozos sazaban sus comidas, imaginarse lo satisfecho que en ésta estarían, tanto más cuanto que el cocinero del difunto conde era francés, y se sintió lleno de orgullo al saber que uno de los convidados era su compatriota, y podría apreciar su genio artístico, como él modestamente decía.

Gabriel no tardó en conocer que había de verse en el caso de seguir los consejos de su buena amiga Eulalia; porque, desde que se supo, por conducto de don Cayetano, que había vuelto del campo con intención de permanecer en la Habana, comenzó á recibir visitas de respetables personas, amigos y parientes de su familia y la de su madrastra, con los más cordiales ofrecimientos y más urgentes invitaciones de parte de sus señoras, hijas, hermanas y sobrinas para que de éstas se dejara ver, ya que la etiqueta no consentía que fuesen ellas á verle; y en algunos casos era el empeño tanto mayor cuanto que conocíase ya á Gabriel y estimábasele por sus propios méritos, y aun había tenido, á lo menos con las señoritas, muy placenteros encuentros en bailes y tertulias. Al darle Eulalia el juicioso consejo de aten-

der á sus negocios y relaciones sociales, nunca pudo imaginar Gabriel que, en el ejercicio de estas plausibles funciones, encontraría gran número de asistentes. La parte masculina del oficioso corro, que de esta manera se formó en torno suyo, no dejó parar al nuevo conde hasta que fué presentado formalmente á todas las autoridades civiles, eclesiásticas, judiciales y militares, de todas las cuales fué debidamente obsequiado, figurando su nombre en actos públicos de que daban los periódicos cabal cuenta. El conde pasó al través de este fuego graneado con modesto porte y fácil y gracioso continente; pero las dificultades llovieron cuando le ofrecieron su amable auxilio las parientas y amigas, las cuales, ansiosas por su felicidad, desde que vieron alzarse en el horizonte aquel astro, cercado de tan codiciables resplandores, pusieron la mira en la futura condesa de Castelamar, dándose prisa á fundar en el aire, no ya castillos, sino ciudades enteras, más grandes que la famosa Nínive, que tan cara le costó á Jonás.

No es necesario decir que uno de los primeros, que se apresuraron á obsequiarle, fué el señor don Ildefonso Esperas; y en honor suyo dió una gran comida, reuniendo corto número de personas muy escogidas, y dando fin á la fiesta con una reunión, para la cual, por hallarse á la sazón en la cuaresma, no quiso que hubiese una invitación formal. No habían, pues, acabado los comensales de fumar sus puros, cuando se hizo de noche, y comenzó la alegre y bulliciosa juventud á llenar la espaciosa sala de la casa, brillantemente alumbrada. Entre los primeros se contaron José Miguel y Joaquín, que visitaban ya la casa con frecuencia. Pero ¡cuál no sería la sorpresa de Gabriel, cuando vió entrar en la sala, dando el brazo al señor abuelo, á su hermosa y elegante compañera de viaje, Lucía Marbella, más hermosa y más elegante que nunca! Dudó un instante; pero fué literalmente un instante, porque no era fácil que aquella hechicera criatura pudiera confundirse con otras que, poseyendo quizá mayores encantos, carecían del tipo peculiar de los suyos. Era ella. Aquella misma mañana había recibido don Ildefonso la carta de recomendación que para él traía la familia norteamericana, incluyendo la tarjeta del caballero con el nombre del hotel en que paraban; y la respuesta del amable y cumplido habanero fué ir inmediatamente á ponerse á sus órdenes, y convidarle para asistir á la reunión de la noche.

Don Ildefonso, al verle llegar con Lucía, se apresuró á hacer á ambos los honores de la casa, presentándolos á su esposa y Eugenia, la cual tuvo que hacer, por su madre, los oficios de intérprete, más fáciles ya, pues si Lucía no se aventuraba á hablar el castellano, comprendía, merced á las lecciones de sus amigos del campo, todo lo que se le decía.

Lucía, en tanto, con una de sus miradas encantadoras, reconoció á Gabriel; y cuando éste se acercó, y don Ildefonso iba á pro-

ceder á la formal presentación, ella tendió la mano á su antiguo amigo, que, como no estaba hecho á esta clase de comedimientos, titubeó antes de tomarla. Al mismo tiempo dijo Lucía, volviéndose á don Ildefonso con una graciosísima sonrisa:

—Míster Ramírez y yo nos conocemos ya.

—¡Ha!—exclamó don Ildefonso, inclinando el cuerpo y sonriéndose también;—usted ha conocido á míster Ramírez; pero yo tengo el gusto de presentar á usted, miss Marbella, al señor conde de Castelamar.

—¡Ha!—exclamó á su vez Lucía, haciendo una profunda reverencia, y fijando en Gabriel los ojos.

Éste, en breves razones, se explicó, refiriendo el encuentro en el tren de Matanzas, saludó al anciano; y como continuó hablando para preguntar por la señora enferma, vino á quedar sentado junto á la bella extranjera.

—Mi prima está muy bien,—dijo Lucía contestando á Gabriel, mientras los demás individuos del grupo trababan por su parte conversación;—el clima de Cuba le ha dado la vida; pero no hubo modo de hacerla venir á la Habana, y se quedó con mis parientes en el campo.

—Y ese plan no le convenía á usted.

—De ninguna manera. El campo es muy agradable durante pocos días y en la época de las temporadas; pero, en general, no es de mi gusto..... Ya veo que es verdad que viajaba usted de incógnito. ¡Oh! eso es muy aristocrático. Con todo, á mi no pudo usted sorprenderme. Yo lo sospechaba; y á pesar de todo lo que usted decía, estaba segura de hallar á usted en la Habana. Y ya lo ve usted; apenas llego, tengo el gusto de ver á usted.

—Mil gracias; para mí no es menor el gusto..... pero, miss Marbella, yo no intenté hacer creer á usted lo que no era.

—¡Oh! no: un poco de misterio, eso es todo, señor conde.

—Tan ignorante estaba yo entonces de tener derecho á un título como usted, y de buena fe pensaba que no volvería á la Habana.

—Parece argumento de novela; pero, como quiera que sea, me congratulo de tener aquí un protector poderoso. Yo espero que usted no dejará de venir á verme al hotel, aunque es verdad que en este país una señorita no puede recibir á un caballero, particularmente si es joven, buen mozo y.... ¿soltero?

—Soltero.

—Pero nada impide que vaya usted á visitar á mi respetable pariente.

—No me privaré de ese placer, ciertamente. Entre tanto, nada me ha dicho usted de sus impresiones de viaje.

—Muy agradables. He estado muy contenta, y me he divertido mucho.

—No le parece á usted ahora que vive aquí la mujer bajo una sujeción severa.

—Quizás sea así; pero siempre goza de bastante libertad, y hay otras cosas con

que compensar esa falta. La perfección es imposible. Por lo que he visto, si la cubana no se va á la calle cuándo y cómo se le antoje, en cambio es reina en su casa, lo que no sucede en mi tierra.

—No hay duda, mi pronóstico se realizará. Usted se queda en Cuba.

—Si usted lo dice.....—contestó Lucía, bajando los ojos.—Yo no deseo otra cosa,—añadió, fijándolos con penetrante mirada en los de su interlocutor.

—No faltará quien la detenga á usted.

—¡Oh!

—Verdad es que puede haberse presentado.

—¿Sí?..... ¿quién es?

—Alguno de aquellos elegantes de Cárdenas.

—No, no, no vaya usted á imaginar.....

—Ya sabe usted que siempre creí que el galán digno de obtener tan alto premio era Florencio Esperas.

—Es usted muy modesto. Mister Florencio Esperas está todavía en Nueva York, según me dijo esta mañana su padre; pero desde ahora le aseguro á usted que le he de ver con indiferencia..... ¿Se acuerda usted de nuestros paseos? Ya me han dicho que hice una diablura.

Para esta última frase se valió Lucía del castellano, acompañándola de risas y gestos de cómica gravedad; y luego continuó:

—Pero ¿qué importa? sé también que nada se opone á que una señorita pasee con un agradable compañero, si la respetabilidad viene detrás en la forma de una señora mayor, ó aunque sea menor, con tal que sea casada.

—Ha aprendido usted mucho.

—He aprendido hasta á oír misa.

—¿De veras? Y..... ¿confesar también?

—No, todavía no he llegado á eso; pero puede ser.

Al decir así, tornaron á velarse los destellos de sus ojos bajo aquellos párpados franjeados de largas pestañas, y ligeramente teñidos de la sombra que contribuía á dar á su rostro la expresión fascinadora que, por medios artificiales, procuran las mujeres de Asia. Gabriel parecía rendirse contemplando tanta hermosura, cuando, como por encanto, vió junto á Lucía la figura de Eugenia, no menos bella, aunque de un tipo diferente. Gabriel respiró con libertad; y dejó en silencio separarse de su lado á aquellas dos mujeres como una visión de la fantasía. Eugenia había venido por Lucía para que tomase asiento cerca del piano, pues iban cuatro maestros á tocar un cuarteto, no sé si de Beethoven ó Mendelssohn, pero seguramente de la música por unos llamada filosófica y por otros clásica, música que no todos comprenden, y llena de fervoroso entusiasmo á los que afirman que saben comprenderla. “Dispensa que haya venido á quitarte tu compañera,” había dicho Eugenia.

Lucía miró á los dos, notando la familiaridad con que hablaba Eugenia; y al detenerse la mirada en Gabriel, parecía decirle:



.....vió entrar en la sala á su hermosa y elegante compañera de viaje

Lucía Marbella

“¿No viene usted conmigo?” Gabriel hizo un respetuoso saludo; pero no siguió á Lucía sino que encaminó sus pasos á la antesala en medio de un grupo de amigos, que, viéndole ya solo, acudieron á felicitarle; y mientras escuchaba y respondía, iba al mismo tiempo diciendo entre sí: “¿Será la franqueza de esta muchacha la verdad?..... ¡Tuviese tres bemoles!..... ¿ó es todo falsedad?..... ¿y la verdad está en esa modesta Eugenia, á quien su padre, haciéndola mentir más de una vez á boca llena, no ha podido hacer que mire, sin sonrojarse, la mentira? Entonces, ¿por qué me conmueve Lucía? ¿Viene esa conmoción de ella, ó la produce alguna causa dentro de mí mismo? Yo podré enamorarme de ella, volverme loco por ella..... pero ¿amarla? Creo que no. No es esto amor, aunque arde en mis venas, no..... ¡Ah! ya lo comprendo: es una impresión de los sentidos, alimentada por el amor propio... ¿Qué pensará Eulalia de Lucía?”

Así cavilaba, atravesando la sala, entre el murmullo de las voces de sus amigos, el cual sin duda hacía rabiarse al violoncelista del clásico cuarteto, que, en éxtasis, estaba tocando un solo lleno de ternura.

Así pensaba, entrando en la antesala; y cuando pardas nubes de duda venían con sus sombras á melancolizarle, como sol radiante Luz Corsino se presentó delante de sus ojos.

CAPÍTULO XLII

LUZ

Luz venía con Eulalia. Marcial las acompañaba. Si Eulalia, detrás de la idea de que Luz se divirtiese, ó la de que ella misma repugnaba presentarse sola en una reunión en que hallaría escaso número de conocidos, que ambas sacó á plaza por razones cuando fué á rogar á su amiga que la acompañase; si Eulalia, decimos, detrás de estas ideas, tuvo otras de ulteriores fines, encaminadas á dar á Gabriel una sorpresa, cosa es á que no nos ha sido posible dar una solución satisfactoria. Con el objeto de poner en su punto todos los de nuestra verdadera relación, más de una vez, al llegar á escribir este capítulo, hemos tratado de averiguarlo, hasta haciendo preguntas capciosas á Eulalia misma, la amable Eulalia, que hoy, después de más de veinte años, reside en la Habana, como todo el mundo sabe; y, haciendo felices á su esposo el licenciado Castells y á sus hijos, vive rodeada de dulcísimos cariños, cuya influencia experimentan todos los que gozan de su sociedad. Sobre el punto de que se trata, empero, la señora de Castells se ha manifestado llena de reticencias. Con todo, como estos subterfugios de la delicadeza femenil, no impiden que el investigador curioso y diligente que aquí ó acullá da con cabos sueltos, los ate y forme con ellos una plausible teoría, bien como el sabio que escudriña los más recónditos secretos de la naturaleza, plácenos poder decir que nos acercamos á la verdad de los hechos. La risa un sí es no es maliciosa y



¿No sabe usted que la amo?

provocativa conque acogió la señora de Castells nuestras preguntas, su precipitación y repentina seriedad al asegurar que Luz no tenía la menor sospecha de que iba á encontrarse con Gabriel aquella noche en casa de Esperas, nos inclinaron con mucha fuerza á creer que, si bien esta última aserción sea de todo punto verdadera, Eulalia no sólo sabía que el encuentro se verificaría, sino que sobre él fundaba las más gratas esperanzas: cosa muy natural en una persona que se preciaba de creer que la amistad existe en este miserable mundo, y que nos impone obligaciones ineludibles.

No consideramos lícito poner en tela de juicio que la sorpresa conque de improviso se vieron frente á frente Luz y Gabriel, así como fué mútua, fué verdadera. Marcial, como es costumbre, daba un brazo á cada una de las señoritas; y como lo es también que el primer caballero conocido que encuentra á otro en la embarazosa posición de tener que dar el brazo á dos mujeres, acude prontamente á aliviarle de una de ellas, Gabriel, sin titubear un instante, se adelantó, ofreció el brazo á Luz, y con ella entró en la sala, seguido de Eulalia y Marcial. La entrada de las dos parejas produjo un rumor que de nuevo sacó de sus casillas al violoncelista, el cual estaba en lo más patético de su solo; pero, merced á la premura de Eugenia y su padre, los reciénvenidos hallaron asiento, y quedó el silencio á disposición del clásico cuarteto.

Y cuenta, mansueto lector, que en esta interrupción la presencia de Luz Corsino era para suspender la asamblea de los dioses del Olimpo en el acto de arrancar Apolo á la lira sus sublimes armonías. Vestía de finísima gasa, tendida sobre seda de color rosa, y el ópalo adornaba su cuello, los brazos y el cabello; mas ni la seda ni las piedras podían añadir un ápice á tan peregrina hermosura, realzada por la suavidad de la modestia y el ligero sonrosado que difundía en su rostro el verse al lado del hombre que había abierto su corazón á las dulces impresiones del amor.

—Otra vez, por fin, vuelvo á ver á usted, Luz,—decía Gabriel en voz baja, y la voz parecía acordar con la de los instrumentos;—otra vez, y mi alma recobra el vigor que le faltaba..... ¿Cómo he podido vivir tanto tiempo sin usted?

—Gabriel, por Dios, no siga usted hablando de esa manera.

—¿Por qué no? Somos acaso extraños el uno al otro? ¿no sabe usted que la amo, y que no puedo amar á otra mujer? ¿es esto nuevo? ¿puedo yo hablar con usted de otra cosa?..... No sabe usted lo que por mí ha pasado: mi alma ha estado envenenada.

—No siga usted, no siga usted.

—La desconfianza, el hastío, el odio se apoderaron de mí de tal manera que hasta la imagen de usted se cubrió con un velo delante de mis ojos. Pero al verla á usted ahora, todo por encanto ha desaparecido..... Usted es mi Luz.

—¿De usted? no, ¡nunca!

—¿Qué dice usted? ¿Será posible que me haya usted borrado de su memoria, ó que otro hombre más afortunado haya conseguido arrebatarme el corazón de usted? Respóndame usted, Luz. Usted es la bondad misma, y no querrá voluntariamente hacerme padecer.

—¡Oh! ¿por qué vine aquí?

—¿Tanto le pesa á usted el verme?

—No es eso..... Me parece que todos clavan los ojos en mí.....

—Y ¿cómo no, si á todos los subyuga esa hermosura? ¿Qué no será conmigo, que aprecio en más aún que su hermosura, el candor y la ingenuidad de usted?

—Gabriel, usted no puede hablarme de esa manera con sinceridad: usted siempre se deja arrastrar de sus pasiones, y nada le contiene. ¿Cómo puede usted..... ofendido.....

—Vesdad es, no lo niego.

—Es preciso que no nos volvamos á ver.

—¿Usted lo quiere así?

—Sí, porque no hay otro remedio.

—No comprendo.....

—Yo soy para usted la misma que era; pero usted no es el mismo; y después de lo que ha pasado, todos atribuirían mi proceder á miras interesadas.

—Pero la conciencia de usted, Luz.....

—Mi conciencia está á los pies de mi Dios... El sólo sabe..... Déjeme usted, Gabriel, déjeme usted vivir en paz.

—¿Me amaría usted si este cambio no hubiera sobrevenido?

—Eso no debe usted preguntármelo, que no es usted mi confesor. La suerte le ha llamado á usted á un puesto muy distinto del que antes ocupaba; y usted sabrá ser feliz en él, como yo de veras se lo deseo.

—¿Feliz sin usted? ¡no es posible! Si mi nueva posición me privara de alcanzar el favor de usted, la maldeciría.

—No hable usted, Gabriel, de maldecir lo que Dios le ha dado para hacer bien.

—¿Cómo puedo yo hacer bien, si usted me condena á la desesperación? Seré el más infeliz de los hombres.

—No lo crea usted. Usted exagera su desgracia, como exagera su pasión. Todo pasa, y vendrá el día en que llame usted locuras sus deseos de hoy.

—¡Oh, Luz! no me hable usted así. Ya otra vez me ha dicho usted lo mismo; y yo he pasado por las angustias más horribles, me he visto..... quiero confesárselo á usted..... hasta atraído, en mi ceguedad, por otra mujer; pero usted se presenta, y me arranca la venda de los ojos. Para mí no hay esperanza ninguna de ventura fuera del lado de usted.

—Por Dios, Gabriel, mire usted que estamos llamando la atención. El concierto se ha acabado. ¿No repara usted en esa señorita que tenemos enfrente? ¡Cómo nos mira! ¡Qué hermosa es! ¿La conoce usted?

—Sí, la conozco; es extranjera, y se llama Lucía Marbella. Mucho tengo que decirle á usted sobre ella; pero no ahora.



—Sí, papá y sí, mamá,—repuso doña Monserrate riéndose

—No, ahora no: ahora va usted á tener la bondad de llevarme adonde está Eulalia. Mírela, me hace señas; vamos. ¿Usted no me querrá mal por lo que he dicho?

—¡Quererla yo á usted mal! Aunque me quitara usted la vida...

—¡Jesús! ¿lo ve usted? ¿cómo puede usted decir eso?

—La complaceré á usted, Luz,—dijo Gabriel al ponerse en pie para conducirla al lado de Eulalia;—pero no crea usted que yo desista de mi empeño.

Después de conversar corto rato con su amiga y consejera, Gabriel se dirigió á otros grupos, fué á felicitar á los señores del cuarteto, á quienes apenas si había oído, y habló á la esposa de Esperas de la habilidad de José Miguel Montes en el piano, dando á éste ocasión de conquistarse un merecido aplauso. Lucía, á quien no le faltaba un corro de admirados galanes que tenían la fortuna de hablar el inglés, no perdía un momento de vista á Gabriel y á la hermosa con quien había tenido tan largo aparte, esperando la hora de que viniera á su lado. Esta hora, empero, no llegó; porque Gabriel después de presenciar el triunfo de su recomendado bayamés, se despidió de la sordina de doña Luisa, y se retiró á su casa, más enamorado que nunca de la pura Luz que iluminaba su cielo desde el día de la fiesta del Angel.

Al día siguiente, mientras almorzaba con sus padres, Luz fué objeto por parte de éstos de las más escudriñadoras pesquisas.

—No parece sino que en vez de reunión elegante, asististe á un velorio.—dijo doña Monserrate;—ni ganas de comer tienes. ¿No te divertiste, hija?

—Yo sí, mamá.

—Habría buena música, ¿eh?—preguntó don Matías, el cual estaba ronco de resultas de un catarro que tenía, y que, además de haberle impedido aquella mañana sus abluciones y peinarse las patillas, le obligaba á tener la cabeza envuelta en un pañuelo de batista, sobre el cual estaba encaramado el sombrero de paja á modo de pájaro que vá á emprender el vuelo.

—Sí papá, la música estuvo muy buena.

—Y habría mucha gente ¿eh?

—Sí, papá.

—Sí, papá y sí, mamá,—repuso doña Monserrate riéndose,—y nada más. Nada nos cuenta. Me haces acordar del primer baile á que fuí yo, y fué en casa del gobernador, que lo dió el día del santo de su mujer, que era una bendita y se murió del vómito negro. Es verdad que ya yo había ido á otros bailes; pero esos no los cuento, porque eran de confianza. Y sucedió que la misma noche del baile, y cuando empezaba á llegar la gente, se enfermó la gobernadora, y tres días después la enterraron, y al fin y al cabo no hubo baile.

—Y ¿quién estaba allí?—volvió á preguntar don Matías.

—Matías, ¿sabes que te vas poniendo cada vez más ronco?

—¡Qué! no hagas caso mujer.

—¿Qué no haga caso?..... pues sería bueno..... Fermina, corre á hacer un ponche para tu amo.

—Pero, mujer, estoy almorzando como un Heliogábalo.

—No le hace; por sí ó por no un vaso de ponche cabe donde quiera.

—Déjate de ponche. Quédate ahí, Fermina. Y tú, Luz, dinos que personas viste anoche en casa de don Alifonso, como dice el viejo Codina.

—Había tanta gente, papá, que.. y yo apenas conocía...

—Á alguien conocerías, muchacha. No estaba allí el conde de Castelamar?

—Sí estaba, papá,—contestó Luz, inclinando la cabeza sobre la taza de café para tomar un sorbo con la cucharilla, y ocultar el carmín que cubrió su rostro.

—¿No te habló?

—Sí señor.

—¿No te dijo si pensaba venir por acá?

—No señor.

—Tendrá tantas atenciones, ahora que es conde...—observó doña Monserrate, poniendo los terrones de azúcar en el café con las tenacillas de plata.

—De veras sentiré que no venga, porque es joven que siempre he estimado mucho. Yo he hecho todo lo que estaba de mi parte para quitarle del ánimo alguna preocupación que pudiera tener contra nosotros. Lo pasado, pasado. ¿Qué más puede hacer uno que dar una satisfacción? Yo la he dado por

conducto de otro; pero tengo deseos de encontrarme con el conde en alguna parte para dársela personalmente. Una satisfacción nada cuesta: cuatro palabras, y ¿quién sabe las consecuencias? No dejen ustedes, si acaso le ven, de decirle que visite como antes esta casa, donde siempre se le ha tratado tan bien.

—De mí no podrá decir, porque yo siempre le tenía preparada alguna cosita: verdad es que es tan amable...—añadió doña Monserrate, levantándose como hicieron los demás.

—¿No van ustedes hoy á casa de Codina? Debías de ir, Mosa, para darle gracias á Eulalita por haber llevado á Luz á la reunión.

—Pero, hijo, estando tu enfermo...

—¡Qué enfermo ni que calabazas!

—Sí, papá,—dijo Luz,—mejor será que no vayamos hoy, porque estoy causada.

—Bueno, bueno, pues hagan lo que quieran; pero mira bien, hija mía, como te conduces con el conde de Castelamar, á quién tanto hemos estimado en esta casa. Yo quiero vivir en buena armonía con todo el mundo: es justo, y es conveniente. Si se le hizo algún agravio, no fué hecho adrede, sino á causa de las circunstancias; y debemos tratar de restablecer esa buena amistad. Ya yo he dado pasos para ello, y si tú y tú madre me apoyan, espero conseguirlo. El conde es un joven excelente, aparte de su elevada posición..... y en fin, es lo justo..... y conveniente.

Á pesar de esta consigna, Luz trató, por todos los medios posibles, de evitar encontrarse con Gabriel, tanto más cuanto sentía que en otra entrevista como la de la reunión de casa de Esperas, no le sería posible resistir á un amor que por tales y tantas pruebas había pasado. Tan inocente era esta singular criatura, que jamás halló en su mente cabida el pensamiento de que su resistencia inflamaba más y más la pasión de su amante; ni sabía que precisamente de ese medio, como un ardid, se hubiera valido una mujer astuta. Gabriel, por su parte, no obstante su impaciencia, por algún tiempo juzgó prudente acceder al ruego de Luz, y no solicitó verla. La única casa donde podía encontrarse con ella, era la de Eulalia, así es que, cuando quería ver á ésta, escogía las primeras horas de la mañana, plan que se avenía con el pie de familiaridad en el cual en la familia se hallaba. Eulalia aprobó su conducta, y prometió hablar á Luz y no parar hasta hacer que se desvaneciesen las aprensiones de una nimia delicadeza.

Otros objetos, en tanto, además de sus asuntos personales, á que don Cayetano le hacía destinar buena parte de su tiempo, se atraían la atención de Gabriel. Su amigo Marcial estaba en vísperas de casarse, Florencio acababa de llegar de los Estados Unidos; y, por fin, Lucía se había propuesto en que el señor conde de Castelamar fuese su cicerone en la metrópoli antillana. Gabriel, como es de razón, fué, pocos días después de

la reunión de Esperas, á hacer al respetable comerciante norteamericano, compañero de viaje de la elegante señorita, una visita en el hotel en que paraba. Lucía fué quien le recibió, y toda conversación giró en el mismo círculo que las de que hemos dado cuenta, con la diferencia de que, como Lucía observase que Gabriel parecía estar mejor parapetado, redobló su actividad, atacando su corazón con todas las armas de la agudeza y la hermosura. Podríamos comparar esta lucha á la marcha de un ejército en retirada, hostilizado, asediado, acosado por columnas de intrépidos guerrilleros, que, ya presentando la cara, ya huyendo, ya escondiéndose tras una peña ó un árbol, á pesar de su vivo fuego graneado, no logran romper las bien ordenadas filas.

Dos días después de esta visita, recibió Gabriel la esquela más mona que puede pasar de la mano de una mujer á la de un hombre. El color del papel, la cifra del sobre, todo despertaba los más tiernos sentimientos. El contenido era muy sencillo, sin embargo, y Lucía podía habérselo dicho á Gabriel la última vez que le vió, ó decirlo la primera vez que le viese, puesto que se reducía á suplicarle le obtuviese un permiso para visitar la fortaleza del Morro. No podemos asegurar si Lucía estaba íntimamente persuadida del resultado de su esquelita; pero vino todo á la medida de su deseo; porque, aunque no vió el permiso que solicitaba, tuvo al señor conde, de compañero y guía, que era cuanto se podía apetecer, según el comerciante neoyorkino, el cual, por desgracia, no se separó un punto de la gentil pareja, haciendo á Gabriel, una tras otra, mil preguntas históricas, políticas, económicas y militares.

Pero ¿qué no descubre la mujer que está ó quiere estar enamorada? Toda la pólvora del parque de artillería de miss Marbella se inundó cuando supo que la plaza á que con tanto brío había puesto cerco, estaba rendida á discreción ante otra bandera. Florencio fué quien le comunicó tan infausta nueva, sin saber toda su importancia; y Lucía, que, según se conjeturará, manifestó la mayor indiferencia, se dió, con todo eso, arte y maña para sacar en limpio la verdad del caso; y por Eugenia vino á saber que la bella rubia con quien Gabriel había tenido tan larga y animada conversación en la reunión de Esperas, era la rival afortunada. Y desde entonces le pareció á Lucía que había habido algo de profético acerca de la seguridad con que el conde, más de una vez, le había hablado sobre Florencio Esperas.

CAPÍTULO XLIII

EL SEPULCRO DE JENARO

Por las pocas páginas que quedan, bien habrá echado de ver el avisado lector que vamos aproximándonos al fin de nuestra dilatada narración; y, sin echarla de adi-

vino, por poco ducho que sea en leer novelas de costumbres, habrá asimismo caído en la cuenta de que, como en las comedias de la misma índole, las peripecias todas han de terminar por el regocijo de una boda. Nada más natural, pues eso es lo que se ve todos los días. Y así sucedió en el presente caso, como pueden atestiguarlo las personas que hemos hecho pasar por nuestra galería, las cuales viven aún, con excepción de algunas, á quienes, por variedad, se nos ocurre enviar al otro mundo.

No es de presumir que una doncella tan discreta y tan buena como Luz se mantuviese en sus trece de rehusar la mano de un galán de tan envidiables prendas como Gabriel, sin otra razón que la sutilísima de que á esas prendas la suerte había dado por añadidura el título de conde y riquezas cuantiosas. Sucedió, pues, que una mañana, exactamente á la hora que Gabriel tenía escogida para visitar á Eulalia, acertó á encontrarse allí con su amada Luz.

Al entrar Gabriel en la sala, de una ojeada vió á Eulalia de pie junto al piano, y con la cara hacia la puerta por donde él entraba. Una mujer, que daba la espalda á la misma puerta, y en quien reconoció él al punto á Luz, la abrazaba, y tenía el rostro oculto sobre sus hombros. Á una seña de Eulalia, Gabriel se detuvo en silencio, y oyó un mal reprimido sollozo de Luz, que sin duda le alarmara, si no hubiera observado en el rostro de su amiga una serena y expresiva alegría. De repente alzó Luz la cabeza, recorrió con los ojos la sala; y al ver á Gabriel á través de las lágrimas que los bañaban, paróse colorada, y asiendo el brazo á Eulalia, hizo ademán de salir de la sala.



Luz, la abrazaba, y tenía el rostro oculto sobre sus hombros.....

—¿Lo he adivinado?—preguntó Gabriel, acercándose con la sonrisa en los labios.

Eulalia hizo con la cabeza un movimiento que no dejaba duda á una respuesta afirmativa,

—Conque ¿por fin mi buena, mi dulce Luz consiente en hacerme feliz?..... ¡Oh! yo sería el más mísero de los hombres, si no dedicara toda la vida á pagar ese favor.

Luz no respondía; pero su mirada, mirada que duró solo un instante, era de una elocuencia suprema. Eulalia se apartó un tanto; mas este movimiento sobresaltó á Luz, que dijo, volviéndose á Gabriel:

—Usted mismo conocerá que yo debo de retirarme, Gabriel, ¿no es verdad?

—Es verdad, Luz; pero no es usted quien ha de retirarse, sino yo; y lo haré ahora mismo, despidiéndome de usted hasta la noche, que iré á su casa.

—Papá y mamá se alegrarán mucho de verle, Gabriel, mucho.

—Y... ¿nadie más, Luz?

—Y yo también,—contestó Luz, bajando los ojos.

Por la noche, al llegar Gabriel á casa de Luz, don Matías, que, merced al ponche y otros no menos eficaces remedios, estaba ya curado del catarro, y que, por lo que á él y á su esposa, Luz había dicho, se hallaba en acecho, salió al zaguán á recibir á su antiguo amigo, y le invitó á pasar á su gabinete, donde dió las más cumplidas explicaciones. Gabriel se dió por satisfecho, y le pidió la mano de Luz, dejando al buen hombre llorando de puro gozo; porque no hay duda de que quería á su hija entrañablemente, y con muchas veras creía que era digna de ceñirse una corona.

Juntos pasaron luego Gabriel y don Matías á la sala, donde, después de los saludos de costumbre, tuvieron los padres la laudable prudencia, don Matías, de recordar que tenía varias cartas que escribir, para lo cual se encerró en el gabinete, doña Monserrate, de retirarse, para tratar con Fermina de ciertos arreglos domésticos, á la antesala, desde donde sin interrumpirlos, acompañaba á los dos amantes, que quedaron solos en el estrado. Así, por primera vez, gozaron éstos del desahogo del corazón que ama: por primera vez el dulce tuteo hizo dulcísima la apasionada frase; por primera vez se deleitaron sus ojos con esas largas miradas que dicen lo que el lenguaje decir no puede; y por primera vez, en fin, pronunció Luz, toda enrojecida, las palabras de amor que con encarecimiento Gabriel le pedía y dictaba. ¡¡Cuántos recuerdos animaron aquella deliciosa entrevista!! ¡con cuántas esperanzas se mojó, como con flores, la senda de la vida! No había para ellos entonces otro mundo fuera del que alcanzaban á ver sus ojos, y calentar el aliento de sus labios.

Aquella misma noche, antes de volver á su casa, el afortunado Gabriel, gozoso como el pájaro que revoleta en la selva, seguro de que su compañera se posa en el árbol vecino, corrió á participar la fausta nueva á

sus padres adoptivos, y oír de sus labios los parabienes, las bendiciones derramadas con los ojos humedecidos por la lágrima del contento.

Al día siguiente lo sabía todo el mundo, incluso Lucía Marbella, la cual halló modo de manifestar á Florencio el placer que le causaba la noticia. Más de un labio se torció con desdeñosa sonrisa al oirla; y la murmuración, que tuvo que respetar á la intachable Luz, se cebó en su padre de una manera escandalosa; pero don Matías estaba hecho un paquidermo; y era su piel nada menos que la del pergamino que contenía el árbol genealógico de su familia, el cual á toda prisa le fué enviado por su corresponsal de Madrid. Según esta famosa hoja, cuya autenticidad nadie podía poner en duda, y que para el mismo don Matías vino á ser artículo de fe, el ingeniero maestro de heráldica de la corte, empleado para el caso, había descubierto que la ascendencia de su cliente era aún de más importancia que la del conde de Castelamar; pues ésta pertenecía á la rama de Corsino establecida en Nápoles, que era una rama menor, al paso que la de don Matías provenía del tronco principal, radicado en Florencia. No había más que pedir.

—Sí, echa el pergamino en el puchero, y verás que caldo sale,—decía doña Monserrate, que en este punto tenía sus dejos de excéptica, aunque, por supuesto, no conocía ni sospechaba los sucesos de la vida de su difunto suegro, Andrés Corsino Molina.

—Pero, hija, ¿quién sabe?..... mira estos sellos y..... La heráldica es un arte venerable, y este es uno de sus maestros más eminentes en la corte.

—Buen dinero te cuesta; pero tú atente á tu maestro de azúcar para que saque una buena zafra, que eso es lo que vale.

Con motivo de las recientes desgracias ocurridas en la familia, Gabriel se vió forzado á posponer su boda, que por fin se celebró, entrado ya el verano, en presencia de los más íntimos amigos de entreambas casas; y aún se conserva fresca la memoria de la belleza, modestia y religioso encogimiento con que se presentó Luz delante del altar, vestida de seda y blondas de blancura resplandeciente. Á instancias suyas celebróse la ceremonia en la iglesia de nuestra Señora del Monserrate, y á las de don Cayetano, ofició el padre Claro, que asimismo ofreció el Santo sacrificio de la misa, en la cual devotamente comulgaron los felices esposos.

Algunos años han transcurrido ya, y aun de tales los califican sus amigos.

Activo el conde en la conservación y lento pero seguro acrecimiento de su fortuna, y atento, celoso y munífico en el cumplimiento de sus deberes públicos; activos él y su esposa en el ejercicio de la caridad cristiana, viven colmados de bendiciones. Don Cayetano ha tenido que abandonar el manejo de los negocios; pero Gabriel no ha querido poner á nadie en su lugar; y, guiado por sus maduros consejos, lo gobierna él mismo to-

do con el orden y tino adquiridos bajo la dirección del buen inglés que está llevando todavía los libros de la casa de Aguirre y Compañía.

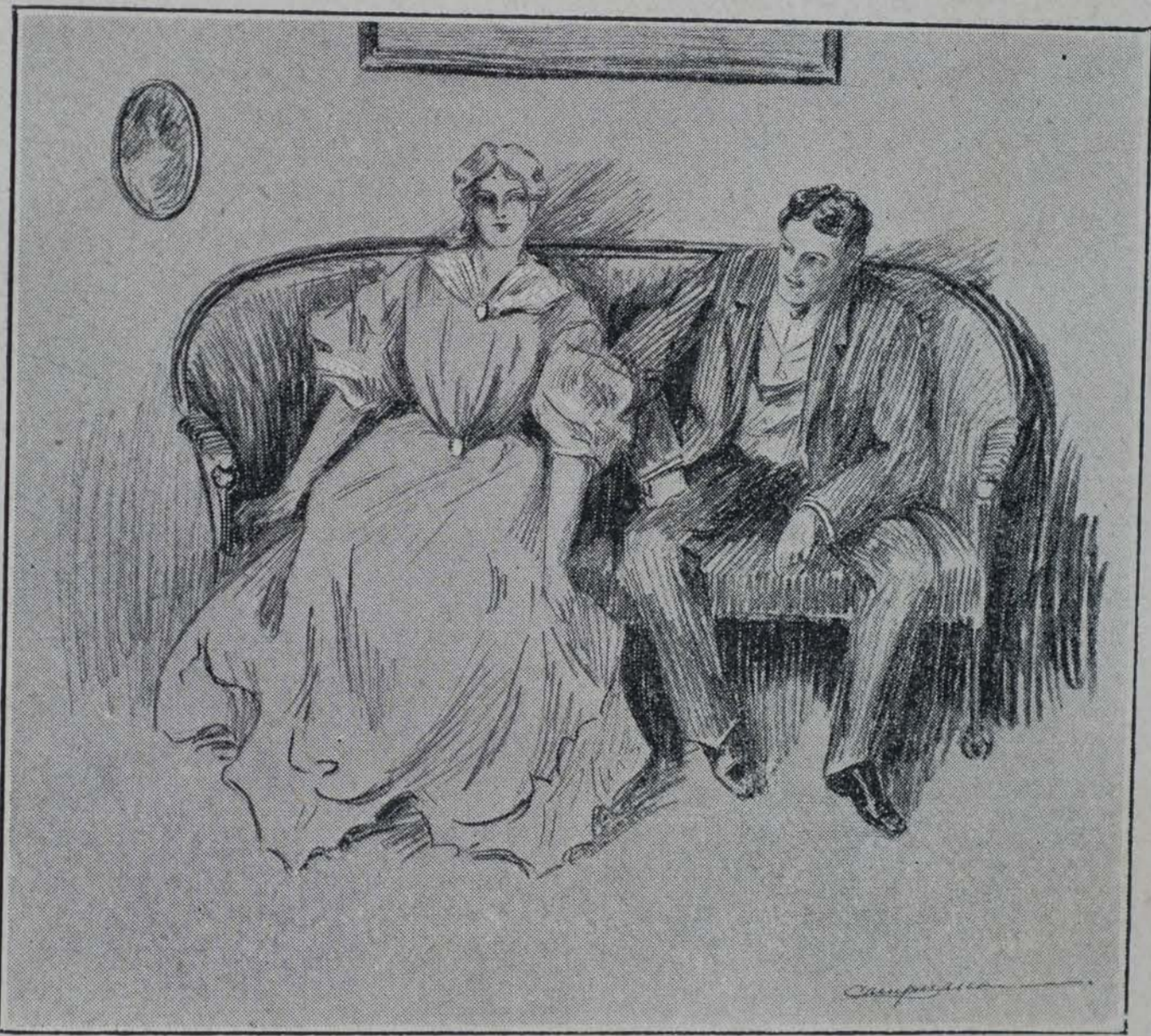
De cuatro hijos que han tenido, tres les quedan. Luz, merced á la salud adquirida por las buenas costumbres, los ha criado á sus pechos hasta que podían ir ya por sus pies y pedirle con labio balbuciente el sano raudal preparado por la Providencia. Luis, el primogénito, que desde temprano oyó con entusiasmo de boca de don Cayetano la historia de la heroica muerte de su tío Jenaro, se ha decidido por la carrera de las armas, y sigue los estudios con notable aprovechamiento en las escuelas militares de la Península. Después de Luis vino al mundo otro niño, á quien no hubo otro recurso que llamar Gabriel, porque así lo quiso su madre, y que, después de graduarse de bachiller en el Instituto de la Habana, ha sido enviado por su padre á estudiar en Bélgica agronomía; de manera que los condes no tienen otra compañía que la de Marcela, niña de pocos años, cuya educación está á cargo de las mismas religiosas que formaron el bello corazón de su madre.

La venida al mundo de cada uno de estos dignos vástagos de tan noble tronco, ha dado nuevos años de vida á doña Monserrate y más aún á doña Marcela, á quien llaman también abuela, y que sostiene sus controversias con Monsita sobre sistemas de dictéticos en su aplicación á los niños, controversias en que el argumento contundente de la última es mostrar con el dedo las rosadas mejillas de su hija. Estas controversias son un manantial inagotable de inocentes bromas para esta familia afortunada; y uno de sus puntos que más gusto causan es ver como las Muerdecueros, que ya, por su edad avanzada, apenas pueden ganar la vida, tratan, cuando están presentes, de guardar el más perfecto equilibrio entre doña Marcela, que está por la sobriedad, y les pasa una mesada, y dona Monserrate, abogada de la intemperancia, que con sus regalos más que les media la despensa; para lo cual y muchísimo más dan sobrado las rentas de su marido.

Á los pocos meses de casarse los condes, se efectuó el matrimonio de Eulalia con el licenciado Castells, suceso cuyo contenido acibaró la circunstancia de que este último, uniendo lo que en su profesión había ganado á la legítima materna de su esposa, liquidada muy ventajosamente por el generoso don Jaime, se vio con un capital más que mediano, y puso pies en pared de que había de irse á la Península á utilizar en otra

esfera su talento y conocimientos. Todo le salió á pedir de boca. Fué elegido diputado á Cortes por su provincia; y ésto le sirvió de escalón para obtener un buen destino en la Habana, donde se estableció al fin definitivamente.

La pena de esta ausencia, si bien de corta duración, no fué la única nube en el horizonte de Luz y Gabriel. Sucesos de más monta pusieron á prueba sus generosas virtudes. Los sinsabores de Marcial, á quien como á hermano quería Gabriel, habían de sentirse en la casa de éste; y sentían dolorosamente á causa del pesar que daban á la bonísima Eugenia. Los negocios de don Ildefonso Esperas llegaron á enredarse de tal manera, y sus deudas adquirieron tan enormes proporciones, que se hizo de todo punto imposible hacer nada en su favor. Vino un día en que los acreedores, cansados de



Así, por primera vez, gozaron éstos del desahogo del corazón que ama.....

guardarles respetos y consideraciones, se echaron sobre sus bienes, y tuvo que salir con su esposa de la casa en que con tanto lustre había brillado, y sentir las mordeduras y coces de la turba que para lisonjearle antes le rodeaba. Recogido en la casa de Marcial, vive aún, aislado, víctima de invencible melancolía. Florencio, en tanto, se había casado con Lucía Marbella, á pesar de las ominosas advertencias de sus amigos. Lucía, que á todo se acomodó, hasta á engañar al buen padre Claro, por cuyo conducto entró en el gremio de la Iglesia católica, fue algún tiempo uno de los astros de la sociedad habanera, no, empero, sin que su brillo más de una vez fuese deslustrado por la voz de la fama. Con la ruina de su suegro cambió todo. Entonces

manifestó su resolución de volver á su país, donde estaba asegurada la escasa fortuna de sus padres. Florencio la siguió, esperando reducirla á que mudase de intento, pues él tenía que recurrir á su profesión para atender á sus obligaciones, para lo cual tenía que residir en la Habana. Lucía se resistió, entabló demanda de divorcio, y llevaba camino de lograr sus fines, cuando una pulmonía arrebató al desventurado esposo, que, para no morir solo, se hizo conducir á una de las enfermerías de las hermanas de la Caridad, las cuales aliviaron sus últimos momentos, y recogieron su último aliento. Desde entonces no ha habido comunicación ninguna entre Lucía y la familia de su esposo.

Cuando, con motivo del grito de independencia lanzado en Yara, los desastres de la guerra se sintieron del uno al otro extremo de la isla de Cuba, el hogar de Gabriel no podía escapar á la suerte común. Ya desde el principio supo con dolor la muerte de sus amigos bayameses, los cuales, concluidos los estudios, después de recibirse, el uno de médico y el otro de abogado, y dar un paseo por Europa; estaban establecidos en su ciudad natal. Ellos fueron de los primeros á arrojarse á la lid, y también de los primeros en caer, murió José Miguel y ligeramente herido Joaquín, que fué conducido á Santiago de Cuba y pasado por las armas, conser-



Don Santiago Munguía

vando hasta el último postrer aliento su inalterable buen humor.

El portador de esta noticia fué don Santiago Munguía, á quien los azares de esta guerra habían sacado de sus casillas con el objeto de agenciar la libertad de un nieto suyo, preso como sospechoso y conducido á la Habana. Don Matías, que se lo vió venir con semejante embajada; don Matías, que culebreaba á más y mejor, bregando, como Proteo, para tomar todas las formas corrientes, hizo sus esquinces, y endosó al embajador y la embajada á su yerno, el cual recibió al buen don Santiago con los brazos abiertos, y le hospedó en su casa.

Los años que por él habían pasado se echaban de ver en los colgantes de su enorme papada y la mayor tesura de sus movimientos. Bien se lo decía él á Luz, que se informaba de su salud, y añadió:

—Pero siempre el mismo corazón, rubia de mi alma.... Tráeme á tus hijos, que quiero darle á cada uno su cuelga.

—Á su vuelta de usted cesarían las trapisondas que ocasionaba el famoso pleito del callejón,—dijo Gabriel, sonriéndose, después que el buen viejo dió un doblón á cada muchacho con un “Dios los bendiga,” y asegurando que Marcelita era el vivo retrato de su madre.

—¡Cristiano! ¡no me diga usted!—exclamó, contestando á Gabriel;—si hay gente que no puede estar sino en guerra. Yo quisiera que todos los hombres fuesen tan gordos como yo; porque entonces, adiós guerra. Póngame usted á mí, por el amor de Dios, con el fusil y la mochila por esos andurriales.... ¿qué le parece á usted? ¡linda facha! ¿eh? Pero no señor, está visto, los hombres no quieren vivir en paz..... Vea usted esos muchachos de allá arriba..... Ya sé yo que estamos mal gobernados; pero, amigo, esto de derramar sangre es cosa seria; y luego.... la verdad sea dicha..... verá usted como acaban por pelear unos con otros; porque ese es el mundo, paisano. En fin, esto no es lo que usted quería saber, don Gabrielillo, sino el cuento del callejón, y allá voy á parar..... ¡Guerra también y siempre guerra!... ¡Maldito callejón! siempre ha de haber en él alguna tragedia. Yo no sé hablar con puntos y comas como el padre Valdemía, ni como Najasa; pero, á Dios gracias, me doy á entender..... pues..... un poco, y no me muerdo la lengua. Con todo eso, por más que me he desgañitado para decirles á mis vecinos que son unos brutos forrados de baqueta, nunca falta alguno que sostenga que el callejón no es camino real; y de que sí y de que no, de réplica en réplica, suelta una mala palabra, y..... ¡machetes afuera! ¿No es esto para hacer desesperar á un cristiano?

Gabriel tomó con empeño el negocio de su antiguo amigo, y logró al cabo de pocos días verle volver á su casa con el nieto libre; pero en estas diligencias, en que tuvo que abocarse con autoridades superiores, supo con sorpresa, de los mismos labios de una de éstas, que le había manifestado siempre

buena amistad, que, en el estado de alarma en que se hallaban los ánimos, él mismo, Gabriel, no estaba seguro en la Habana; y le aconsejó con mucho encarecimiento que saliese á viajar por la Península ó países extranjeros, añadiendo que su amigo Marcial Codina se encontraba en el mismo caso. Gabriel tenía ya algunos temores con respecto á Marcial, que no se cuidaba de refrenar la lengua en materias políticas, como tampoco lo hacía su padre, censurando los actos del gobierno. Á instancias de Gabriel, el alto empleado hubo de confesarle, por lo que á él tocaba, que se le tachaba de abolicionista á causa de la libertad que había dado á Altagracia, Fermina y otros muchos de sus esclavos, y de los métodos de trabajo que había adoptado en sus fincas. Indignado con un proceder evidentemente injusto, los dos amigos hicieron desde luego sus preparativos de viaje, y partieron con sus familias para Inglaterra. Viajaron por el medio día de Europa durante algún tiempo, y luego fijaron su residencia en Madrid.

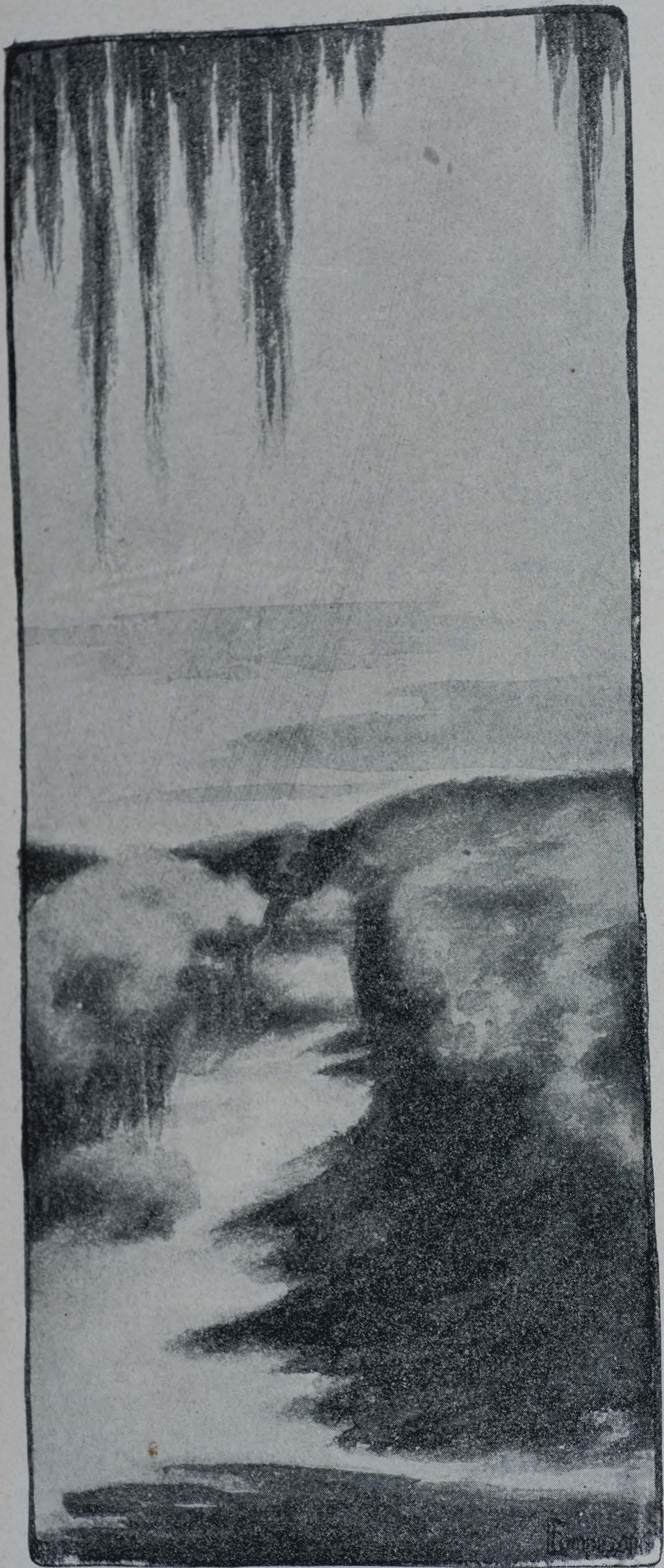
En esta corte visitó Gabriel á su madrastra; y como no entraba nunca en los planes de esta señora de dar de codo á personas de categoría, fué recibido con los brazos abiertos. Doña Antonia vivía en gran boato, se había

casado con un diputado á Cortes que sabía los caminos, veredas y atajos que conducen á las sillas ministeriales; y en este matrimonio halló un confortativo á la pérdida de las altas esperanzas que en agraz troncharon las parcas cortando el hilo de la vida de Jenaro. Con Luz y sus hijos fué Gabriel á visitar el sepúlcro de su malogrado hermano. Por largo espacio, y no sin lágrimas, contempló el fúnebre monumento; y allí acabaron de disiparse algunas débiles

llamas que en su alma quedaban aún del recuerdo de la grande injusticia de su vida, como las que suelen aparecer entre las ruinas y cenizas de extinguido incendio. Así que don Cayetano y don Jaime escribieron á los viajeros que podían volver con toda seguridad, hiciéronlo así, y desde entonces Gabriel y Luz no han dejado las playas de su patria.

Á su vuelta fué cuando tuvo Luz la niña que fué bautizada con el nombre de Belén, y que, al empezar á pronunciar el de sus padres, fué arrebatada por la muerte. Dolor agudo que ambos esposos sufrieron cristianamente, sabiendo, como dice la Escritura, que la tribulación ejercita la paciencia; la paciencia sirve á la prueba de nuestra fe, y la prueba produce la esperanza.





MIS IDEAS

POR DIWALDO SALOM

Triste es la vida... ¡Vaya qué vida!
Como no vengan tiempos mejores
para pasarla más divertida,
no sé qué haremos viéndola hundida
en la batalla de los dolores.

Fiera es la lucha... ¡Vaya qué lucha!
Si se amontonan las desazones,
la dicha es poca, la pena es mucha;
y si desmayan los corazones,
su amarga queja sólo se escucha.

Por los palacios y las cabañas,
por las llanuras y las montañas,
¡por donde quiera pasa la angustia!
la que devora nuestras entrañas
para dejarnos el alma mustia.

Podéis creerme la vez que os diga
que me acobarda cuando me hostiga,
porque se extiende más la congoja
dentro del pecho que herido arroja
el grito enfermo de la fatiga.

Jóvenes, viejos, niños, mujeres,
los que, anhelantes, habéis luchado
con la desgracia; míseros seres
que adiós dijisteis á los placeres,
¡llevad por siempre la angustia al lado!

Luchad, oh tristes, por libertaros;
luchad si acaso queréis... cansaros:
ved si la angustia vivir os deja,
pues como el lobo sobre la oveja,
está en vosotros para mataros.

¡El bien no existe! ¡Todo es mentira!
¡Donde vivimos, arde la ira!
¡Donde vivimos es en el globo!
¡El hombre justo muere en la pira!
¡Para una oveja siempre hay un lobo!

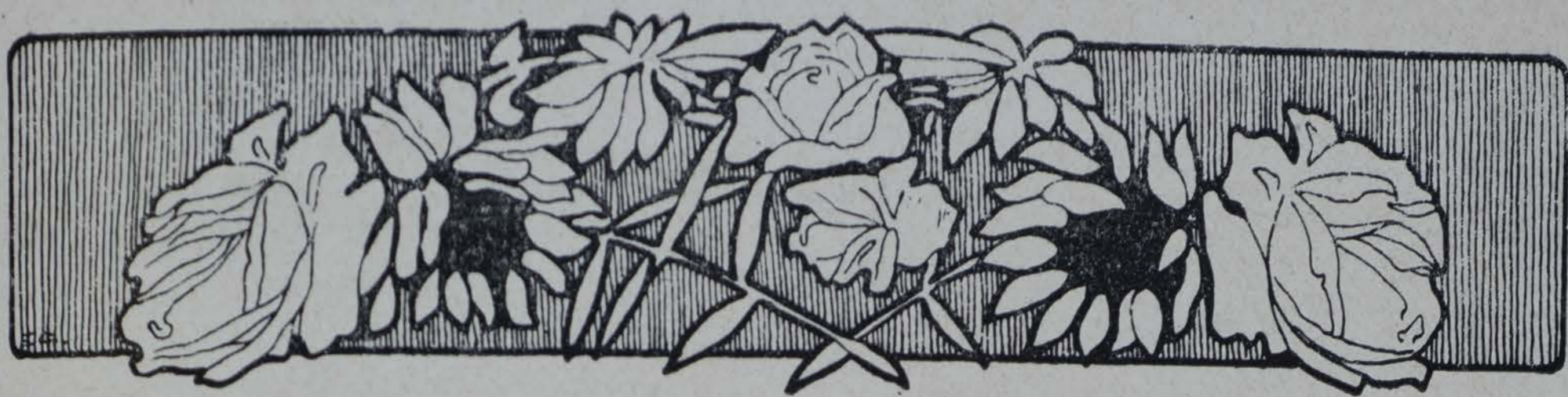
Podréis tacharme de pesimista.
¡Muy bien!... ¡De veras! ¡Poco me importa!
Mientras me plazca tender la vista
sobre los males, haré la lista
de las ideas que el mal reporta.

Quiero fiarme de mi conciencia,
la cual me advierte con mi experiencia,
y ambas á un tiempo, que en este mundo
desvergonzado, reina lo inmundo
¡y que lo inmundo ya es una ciencia!.....

Bien convencido de lo que escucho,
¿por qué, decidme, no he de moverme
con mis ideas y defenderme?.....
¿No véis que sólo con ellas lucho
y que con ellas puedo valerme?.....

¡Canten los hombres el bien que esperan
y los que alcanzan ver de otro modo
todas las cosas que ver quisieran,
bueno sería que las dijeran
á grandes voces al mundo todo.

Que el mundo es bueno. ¡Vaya que mundo!
Miradle lleno de escepticismo:
¡pero es por eso, por eso mismo!
pues donde solo reina lo inmundo,
yérguese el árbol del pesimismo.



CONTRASTE

Por A. de Zayas y Moreno

ESTÁ la muerta acostada dentro del sarcófago barnizado de color oscuro, adornado con agarra-deras y dibujos de plata, levantado del suelo sobre dos columnillas forradas de negro terciopelo. Negras son las alfombras que cubren el piso y negros también, con ramajes blancos, los tapices que ocultan las paredes.

Entre las vestiduras de raso blanco que sobresalen y doblan sus orillas dentadas desde los bordes de la caja, aparece el rostro de la muerta, serio, mudo, tranquilo. Serio, con esa seriedad pálida de la muerte; mudo, con ese silencio que ya será eterno. Esos labios cerrados, brindaron un tiempo sonrisas de placer, besos de amor, frases de cariño; entonaron la dulce cantinela junto á la cuna del tierno infante, que llevó primero en sus entrañas.

Los ojos cerrados y la afilada nariz, dan á su semblante una expresión extraña. No parece que duerme: parece, sí, que sumida en profunda meditación, ha cerrado los ojos para reflexionar mejor en el problema misterioso de la vida, que asusta al hombre y que la humanidad no ha podido resolver.

Cuatro blandones de cera, de un blanco amarillento, flamean con llamas pálidas que hacen cruzar por el rostro de la muerta ténues sombras fugaces, que dan ficticia movilidad á sus facciones desteñidas.

Llenan la habitación los hijos, el

esposo, los deudos y los amigos: todos callados, trajeados de negro, con los párpados enrojecidos y las lágrimas humedeciendo las mejillas. Entran y salen. Algunos se pasean lentamente al rededor del féretro, con la cabeza inclinada al suelo. Uno corta, con unas tijerillas, las carbonizadas pavesas de los hachones, despacio y como maquinalmente, tratando de reanimar las llamas que ya no pueden luchar y vencer la tranquila luz de la mañana que ha ido invadiendo, poco á poco, y disipando la oscuridad en los ámbitos y en los ángulos del salón. ¡Triste momento! El día lucha con la noche, y la luz, que es la vida, vence y victorioso brilla de nuevo el sol. Con la noche eterna de la muerte luchó la pobre mujer y no pudo salir vencedora. Su día terminó: ha pasado la primera noche de un sueño del que no se despierta jamás.

Y los deudos y los amigos tristes y llorosos, lo han olvidado todo y piensan, no mas, en que algún día dormirán ese sueño, imponente y temido, del cual no se despierta...

* * *

Ha pasado algún tiempo. Es el mismo salón. En las paredes lucen dorados marcos, con alegres pinturas de colores vivos. En el centro cuelga lámpara cristalina, que esparce brillante luz, para alumbrar rostros alegres y labios risueños. Las notas vibrantes de un piano llenan el espacio con escalas bri-

llantes y arpegios floridos; luego preludia un vals.

Dos jovencitas alegres, dos niñas quinceñas, rubia la una, de negros ojos, la otra morena de ojos pardos; pero las dos bellas y perfumadas, saltan ligeras de sus asientos, enlazan sus dos manos, rodean las otras dos á las flexibles cinturas y con movimientos cadenciosos y vueltas acompasadas, siguen la música argentina del popular instrumento.

Todo es luz y armonía, perfumes y colores y la concurrencia, puramente familiar, las mamás y los hermanos, persiguen con mirada atenta, plácidos semblantes y labios sonrientes, los giros y las vueltas, las pausas y contoneos de la juvenil pareja, que parecen mariposillas volando sobre las flores de la pradera, rosas gemelas que se balancean al extremo de la rama verde.....!

Pero, ¡ah! ¿Qué recuerdo involuntario viene á distraer mi éxtasis agradable? ¡Extraño contraste! Las jovencitas valsan, precisamen-

te sobre el cuadro del pavimento donde se alzaba, no muchos días antes, la tumba de la madre, de la esposa, de la hermana muerta. Me abstraigo. Fijo mi vista en el suelo y veo surgir la cara pálida, seria, pensativa; el sarcófago negro, adornado de plata, las columnillas forradas de terciopelo negro, los cuatro blandones, con sus amarillentas flamas, las alfombras que enlutan el salón. No oigo la música. No veo la clara luz de la cristalina lámpara; todo se oscurece y mi olfato percibe ese olor á muerto, mezcla de cera quemada, de carne inanimada y de flores que forman coronas funerarias, ese perfume característico de las cámaras mortuorias. Lo demás ha desaparecido para el dominio de mis sentidos; sólo, por momentos, veo los piececitos de las dos niñas, agitándose acompasados, sobre el rostro, sobre el seno, sobre el regazo de la fantástica muerta, que está pálida, seria, dormida, con ese sueño misterioso del que no se despierta jamás.....!

DESDE PARIS

LOS PRIMITIVOS FRANCESES

Por Paganini

DE TODAS las exposiciones de pintura celebradas en París en la temporada que acaba de pasar, ninguna ha sido tan interesante como la llamada "Les Primitifs français", abierta desde Mayo á mediados del actual, en el Pabellón Marsan, del Louvre.

No ha sido quizás la más bella, pero como ya he dicho, la más interesante si. De toda Francia y otros países donde se hallaban diseminadas las obras de los primeros pintores franceses, fueron estas traídas á

la Exposición. Ya han vuelto á los museos, colecciones privadas ó iglesias á que pertenecen, probablemente para no unirse más.

* * *

La intervención frecuente de los "Primitivos" es indispensable en el progreso continuo del Arte, decía André Beaunier no hace mucho, en *Le Figaro*. "Sans eux l'Art périrait de consommation ou de bêtise. Ils sont l'inépuisable réserve de vérité, de spontanéité, de vie faillissante á

la quelle recourt l'Art, aisément malade et moribond. J'ai parlé des Primitifs grecs, médiévaux et renaissants..... Mais il y a des primitifs à toute époque: au dix-neuvième siècle, les paysagistes de Barbizon, qui ont retrouvé la campagne; les impressionnistes qui ont retrouvé la lumière; les pointillistes même, qui ont retrouvé l'atmosphère—furent des Primitifs, à leur façon. Et certes on peut aimer plus ou moins tels d'entre eux, mais le principe de leur innovation n'est pas contestable."

"Y hay primitivos perpétuos en todas las artes, en literatura, en poesía, en el teatro como en pintura. Ellos crean las artes é impiden al momento el que mueran. *Voilà leur rôle magnifique*".

* * *

En la exposición del Pabellón Marsan hemos visto pinturas y dibujos; tapicerías del siglo catorce al dieciséis; algunas obras escultóricas, etc. Las pinturas y dibujos, lo más interesante.

El cuadrito más antiguo es un retrato del rey Juan II de Francia, llamado El Bueno, debido al pincel de Girard D'Orleans. Dicho retrato fué hecho en Inglaterra, durante su cantiverio; el pintor era su compañero de destierro. "*Certes, le loyal artiste n'a pas flatté son maître*" dice Georges Lafenestre. "*Dans ce rude profile, épais et charme, quelle ancestrale grosseur du nez! quelle rusticité lourde et de sérieuse dans cette négligence des vêtements et de la chevelure. Mais aussi quel accent de sincérité navrante, quelle puissance de vérité impitoyable. Cette seule pièce, suffirait à nous dire par la hardiesse virile et la largeur libre de sa fac-*

ture, qu'il avait alors á Paris de vrais peintres, dans le sens complet du mot, déjà différents des miniaturistes et brodeurs, et capables de trosseur de grands ouvrages. vigoureux et simples"...

El rey, que tendría entonces unos cuarenta años, está retratado de perfil, como se ve. El traje es azul y el fondo, de oro. El pintor Girard D'Orleans—según el duque de Aumale—estaba "attaché á la personne du roi en Anglaterra" en calidad de *valet de chambre*; hizo por orden del rey un sinnúmero de obras, y el retrato de que me ocupó estaba en los apartamentos del rey Carlos V siendo parte de un "quatriptyque"



"LE BUISSON ARDENTE". DE NICOLÁS FROMENT

que se componía además, de los retratos de Eduardo III de Inglaterra; Carlos IV, Emperador de Alemania, y Carlos V, duque de Normandía. La obra posee un valor histórico considerable y es la prueba más sorprendente de la actividad y del talento naturalista de los artistas parisienses del siglo XIV.

En el siglo XVI el retrato pasó á la familia del preceptor de Francisco I [Arthur de Gouffier] al château d'Oyron. Allí lo encontró y adquirió—en el siglo XVII—Roger de Gaignieres. Después perteneció á Luis XV y por último entró á formar parte de las colecciones nacio-

nales. Hoy pertenece al departamento de "Estampes de la Bibliothèque National".

* * *

Imposible es dar en estas ligeras notas una idea de la exposición. Hay en ella obras admirables; admíranse en todas, un acabamiento perfecto; no hay detalle por insignificante que sea que no quede pulido, terminado de una manera maravillosa. Nótese en la mayoría, quizás debido á eso mismo, una gran frialdad en el conjunto. La concepción de algunas ideas es bien infantil por cierto y algunas figuras me parecen simplemente risibles. Nicolás Froment es el más interesante de los pintores cuyas obras se exhiben. De sus composiciones envío *paneau* central de la más conocida, la que ha sido más reproducida; obra pintada por orden del Rey René para la Catedral de Aix y que se le atribuía á van Eyck.

Después de Froment el pintor más interesante es el llamado "Le Maître de Moulins" y luego, François Clouet. Todos los artistas franceses del siglo catorce al dieciséis—de las diversas escuelas—han sido representados en la exposición que acaba de cerrarse, exposición única y admirable que probablemente no se verá más y de la que es imposible, como ya he dicho, dar una idea en estas cortas notas.

☺

Todos los hombres que luchan por la vida, que están presos en su lodo, son más filósofos que Schopenhauer, porque jamás una idea abstracta tomará una forma tan precisa como la que el dolor arranca al cerebro.—*Máximo Gorki.*



JUAN II DE FRANCIA, POR GIRARD D'ORLEANS



PAISAJE CUBANO. EL ARROYO

REMINISCENCIA ITALIANA

ZACCONI

Por Luis Rodríguez Embil

ERMETE ZACCONI (es coincidencia curiosa que los dos mayores actores de Italia tengan el mismo raro nombre: Ermete), Zacconi, digo, es el más estupendamente natural, el más *verista* de cuantos actores he visto en mi vida. Su realismo, no obstante, es mesurado, sobrio y severo como el Partenón. Aún a obras como *L' Istruttoria*, de Henriot, donde el estudio *científico* de los hechos vence casi completamente en el autor el estudio *artístico*, sabe dar Zacconi el encanto indefinible de su gran arte, abrillantarla con el dorado exquisito de su ejecución maravillosa.

Este artista que no vive sino por y para el arte, no desdena la cien-

cia, pero la utiliza tan sólo—reconociendo su empleo—como poderosa colaboradora de aquél. Estudia minuciosa, detenida, concienzudamente los *casos*, los hechos, los caracteres, las enfermedades que debe interpretar. Los estudia con ardor y hasta en sus más nimios detalles; y luego añade al caudal de observación acopiado la *impronta* de su genio. Adivina lo que no puede aprender. Muere de manera *diferentísima* según los casos, el carácter, el genio del personaje; y siempre de una manera personal, completamente *suya*, aún cuando se trate de personajes *viejísimos* y universales, como los de Shakespeare, por ejemplo. Son especialidades *suyas* las

muertes. Llega en ellas á lo sublime de la verdad, á veces espantosa, casi insoportable: otras de una originalidad y una potencia que mantienen el teatro en un silencio vacío, de completo y estupefacto asombro. Citaré al azar, como ejemplo de esta última clase de muertes, la del Conde Comendador en "El Duelo" de Ferraris, escena tragi-cómica de un realismo que cautiva y aterra.

Pero más si cabe que en las muertes triunfa Zacconi en la representación de los terribles males que persiguen y vencen al hombre. En la propia *Istruttoria*, ya citada, el epiléptico se presenta, vive á los ojos del espectador; la enfermedad se ofrece, real, espantosa, desde la frase: "Non mi ricordo piu" que pronuncia Zacconi, refiriéndose á la laguna hecha en su memoria al venir ignorándolo él, el postrero ataque, en el cual asesinó á su amigo sin saberlo, hasta el momento de caer fulminado con un nuevo acceso, con convulsiones terribles, agitando una pierna con estremecimientos que parecen comunicarse á todo el auditorio.

Ó en "Los Espectros" de Ibsen... De cuantas obras le he visto hacer al gran trágico, en ninguna me parece haber llegado á esta perfección de *arte científico*, si puedo expresarme así. Pasma que pueda un artista sin caer enfermo, posesionarse de tal modo, con tan potente absoluta verdad de un personaje. *Oswaldo* vive ante los ojos del público angustiado y aplastado bajo la mano victoriosa del arte; y su mal implacable avanza, los síntomas, sin faltar uno, se desarrollan con un verismo jamás visto: el tartamudeo gradual, la amnesia progresiva, la dificultad en el andar, el temblor casi imperceptible de las manos, las punzadas al dorso... Y poco á poco

el mal sigue avanzando, los sistemas se dibujan, se precisan, hasta la catástrofe final, en que el ánimo llega al desvanecimiento de lo trágico... ¡*El sol, mamá, dame el sol!*— No creo que nadie haya hecho vibrar jamás con mayor intensidad cuatro mil organismos humanos reunidos en un teatro, que Zacconi con este drama grandioso del gran noruego.

El que ha llegado á poseer este poder supremo, es realmente un mago; y magia verdadera el arte que doblaga á su placer los corazones y las mentes. Llegado á esta sublimidad, magna, el artista es en cierto modo un sacerdote: un sacerdote que, al mismo tiempo que representa la vida, hace olvidarla.....

Yo veía en el público, en derredor mío, comerciantes, aristócratas, industriales, funcionarios, hombres de ocupaciones y hábitos los más desemejantes; y arriba el pueblo, el pobre pueblo dedicado á los oficios más prosaicos, endurecido por la lucha de la vida; todos, grandes y chicos, llenos seguramente de íntimas zozobras, de angustias pequeñas, de pequeñas preocupaciones... y todos por unas horas, poco á poco olvidaban sus propias personas, y alargaban los cuellos, como hambrientos de una vida superior, hacia la escena... Y dijérase que querían acercar así los labios á una hostia invisible que el actor sostuviese en sus manos...

Y sin movernos de nuestros sitios, todos, despojándonos por un momento de la preocupación de nuestra individualidad, comulgábamos acaso con el *Alma Parens* del mundo, por medio de aquella hostia invisible...

Ante aquel espectáculo comprendí más claro y profundamente que nunca, con cuanta verdad al Arte se ha llamado *divino*...

NOTAS Y NOTICIAS

Por Fructidor

TAMBIÉN los teatros tienen su dignidad.
¡Vaya que sí!

Ni al *Scala* de Milán, ni al *Liceo* de Barcelona, ni al *Teatro de la Opera* de París, ni al *Real* de Madrid, cabe llevar espectáculos de café concierto.

Sería rebajarles su dignidad, disminuirles la categoría de teatros de primer orden, dedicados al cultivo del arte *noble*.

El *Teatro Nacional*, orgullo de la Habana, honra y prez de Cuba, por cuya escena han pasado grandes notabilidades artísticas y cuya sala amplia ha albergado selectísimas concurrencias, ¿á qué categoría pertenece?

Indudablemente, á la primera. Luego, no deben llevarse á él espectáculos que desdigan, no de la moral—que el arte ni de vistas conoce á tan respetable señora—pero si de la cultura artística.

Bien está, pues, la campaña emprendida por apreciables cronistas y críticos de teatros.

Lo único que en ese caso hay que lamentar es que..... á buena hora mangas verdes.

El público, una parte atraído por la novedad y otra parte por la costumbre, ha llenado por completo el *Teatro Nacional*.

Es cierto, muy cierto; pero también lo es que ese mismo público no ha hecho más que dejarse *seducir* por los bombos y reclamos de la prensa, que ha alentado, aplaudido y celebrado..... lo que hoy deploran apreciables cronistas y críticos de teatros.

Notas teatrales de la semana.

Payret.—Espectáculo sensacional fué el presentado por *Fakir*, quien, además de los variados juegos de prestidigitación, ejecutó otros increíbles de insensibilidad. Para *Fakir*, el dolor es un mito, y lo probó sometiendo su cuerpo á los mayores tormentos, sin que al parecer sintiera sufrimiento alguno.

Se asegura que muy en breve actuará en dicho teatro una recomendable compañía dramática española.

Nacional.—Sigue el Cinematógrafo Lumiere, que continuamente presenta nuevas vistas, algunas de larga duración. Son muy celebradas las que se refieren á la guerra ruso-japonesa.

Los filarmónicos estuvimos de malas el pasado domingo.

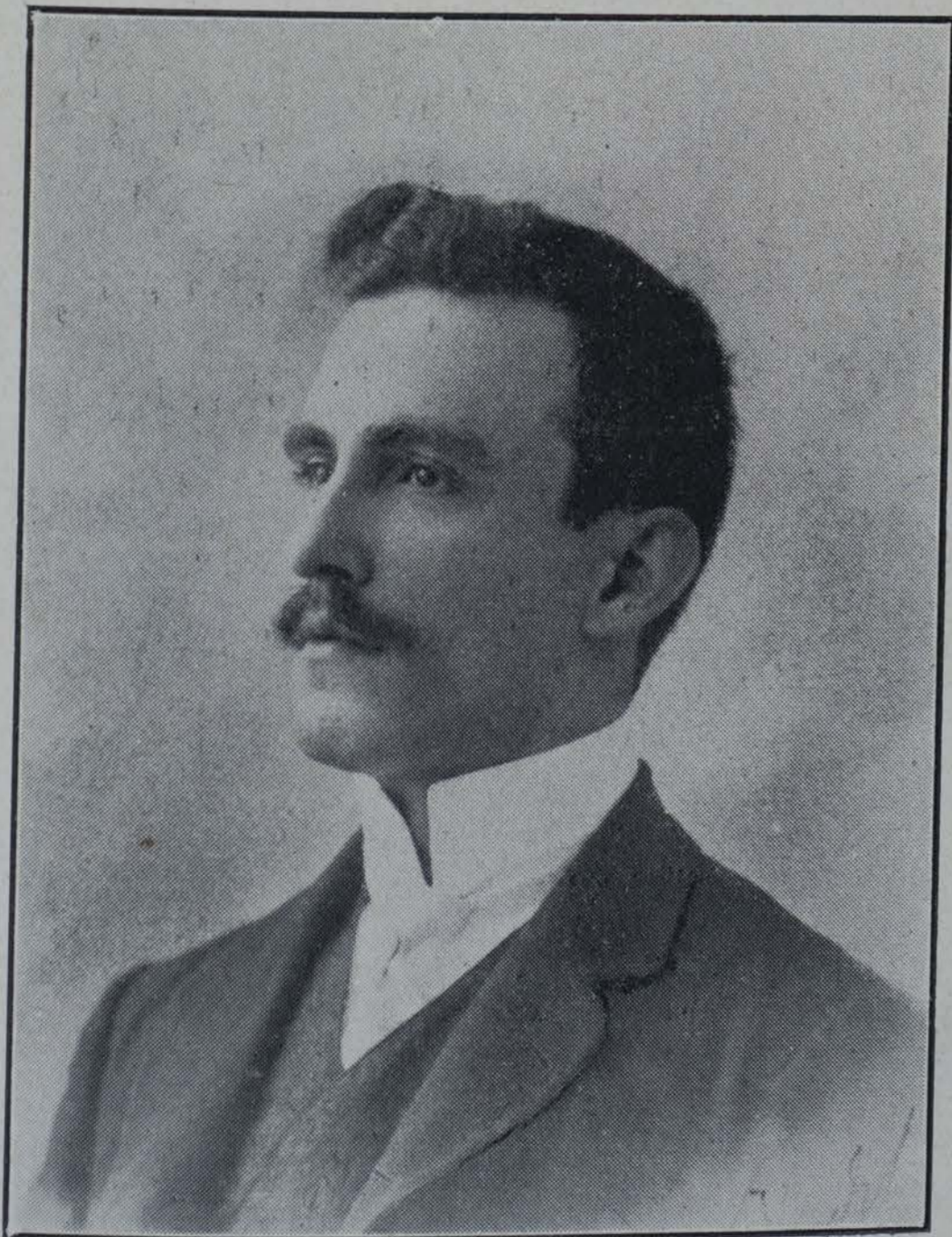
El temporal de agua que descargó durante las horas en que estaba anunciado el concierto, impidió su celebración.

Roguemos al dios de las aguas para que hoy no *ague* la fiesta musical y podamos ir por nuestros piés y con buen sol al simpático teatrico de la calle de Dragones.

Un colega muy estimado y culto, *Cuba Musical*, ha visto con estupefacción que en esta revista se insertara el artículo "Falsos genios",—que califica de engendro—del señor Francisco García Cisneros.

No había motivo para tanto, ha tener en cuenta la índole de CUBA Y AMÉRICA, que es la característica de todas las publicaciones modernas, las cuales, sobre todo en cuestiones de crítica artística, literaria y científica no mantienen un criterio cerrado y dejan á los autores, cuyas firmas garantizan el escrito, la responsabilidad de sus afirmaciones.

Y esto mismo, precisamente, es lo que hace *Cuba Musical* al dar cabida en sus columnas al trabajo "Piratería Intelectual", de Antony Luigelli, quien sin consideración ataca las más reconocidas reputaciones literarias. En justa correspondencia, podríamos pues decir al estimado colega, que "nos sorprendía que acogiera en sus columnas semejantes disparates, sin haberlo consultado siquiera con quien entendiera algo" de literatura. Pero no es lo diremos, precisamente porque estamos convencidos que el culto colega, al insertar dicho escrito, no hace



JESÚS ROMEU

más que practicar la regla periodística de no establecer cortapisas á la libertad de crítica en toda labor intelectual.

En cuanto á nuestro colaborador Sr. García Cisneros, nos permitiremos observar á *Cuba Musical* que no es un escritor novel y desconocido, y que si no es un *genio*, en cambio, es de los jóvenes escritores cubanos que en publicaciones extranjeras honra á las letras patrias.

* * *

Y con permiso de los lectores, me haré cargo de otra alusión á CUBA Y AMÉRICA.

El que alude ahora es *La República*, apreciable colega de Cienfuegos, y lo hace por encargo de un niño, que pregunta por qué esta revista se titula CUBA Y AMÉRICA cuando es sabido que Cuba está en América.

Vamos á tratar de satisfacer la infantil curiosidad. Lo general no excluye lo particular, y viceversa. Dentro de un concepto general, puede manifestarse la preferencia por algo particular. En este sentido, el título de CUBA Y AMÉRICA responde al deseo de manifestar en primer lugar la preferencia por Cuba, y en segundo por la América en general.

* * *

Agradable y concurrida la fiesta del Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa.

Tuvo lugar la noche del sábado 17 del corriente.

Cumplíndose el programa, hubo primero velada y luego baile.

La Directiva actual del Liceo, demuestra actividad y deseos de sostener á todo trance la culta institución.

* * *

Otra fiesta muy animada fué la velada que celebró en sus salones el Centro Asturiano con motivo del reparto de premios á los alumnos que asisten á las clases.

Habló el veterano periodista Sr. Triay, y fué muy aplaudido por sus conceptos generosos y levantados.

La labor educadora del *Centro Asturiano* es excelente y fecunda.

* * *

El "baile rosa" que la Sociedad del Veda-do tenía anunciada para el día de ayer, no se efectuó atendiendo á las indicaciones de algunas Mercedes asíduas concurrentes á las fiestas que se celebran en el "chalet".

Es natural, ayer las Merceditas—que son muchas en la Habana—celebraban su fiesta onomástica, y hubiera sido suma desconsideración no atender sus peticiones.

Probablemente se efectuará el próximo sábado.

* * *

Publicamos en este número el retrato del joven Jesús Romeu, natural de Puerto Rico, hijo de aquel antiguo magistrado Sr. Ra-

fael Romeu que ganó en Cuba respetabilidad y estimación por su rectitud, probidad y cultura.

El joven Romeu no quiso elegir como lugar de su residencia y ejercer su profesión el de su nacimiento, al cesar allí la soberanía española, y vino á Cuba á obter por la ciudadanía de esta República.

Hoy es uno de jóvenes doctores que están haciendo con brillo en la Universidad de la Habana ejercicios de oposición á la cátedra de auxiliar de Derecho Civil.

* * *

El pueblo japonés es filósofo y por tanto muy dado á los proverbios, que emplea hasta en la conversación familiar.

Algunos de los proverbios japoneses son muy curiosos y significativos, bien que no todos tienen un sentido comprensivo en la traducción. Muchos de ellos expresan claramente la idea que significan traducidos á cualquiera lengua.

Hablando de una persona diligente, con especialidad si es soldado, le llaman "un rompe huesos". La persona vana se nombra "criatura de nariz alta". Del soldado que se distingue por su bravura se dice que es "un bazo grande" y al que demuestra cobardía que es "una criatura sin estómago". El que busca faltas en los demás para criticarlas, es "el que mira por los agujeros". Uno que habla de cualquier asunto con parsimonia se le nombra "el boca pesada", y si el que escucha es tardo en comprender lo que se dice se llama "corto de oído". La persona de poca inteligencia dícese que "mira á los cielos por un tubo". Un miserable es "el hombre que abarca el mijo con las manos húmedas". Para demostrar la mayor distinción á un oficial del ejército ó de la armada, se dice de él: "Es un hombre que si se le pide un escoplo traerá un mazo"; ó "su martillo siempre tiene un mango arreglado".

Varios proverbios japoneses tienen significación semejante á otros americanos. Estos dicen, por ejemplo: "Muchos gallos echan á perder el caldo"; lo cual significan los japoneses diciendo: "Muchos remeros llevan el bote al monte".

* * *

"Considero el cultivo cuidadoso de lengua patria", dice F. Schlegel, "como sagrado deber en todo tiempo, é importantísimo privilegio de las altas clases sociales. Todo hombre educado debiera hacer de ella el objeto de su atención y desvelos, procurando conservarla íntegra y pura, y hablarla, hasta donde le fuese posible, en toda su belleza y perfección"... "Una nación", añade, "cuya lengua se torna ruda y bárbara, está amenazada de barbarizarse ella misma por completo. Una nación que mira con indiferencia la ruina de su lengua, renuncia la mejor parte de su independencia intelectual, y testifica que se resigna á morir".